

Begonte, un pueblo gallego identificado con la Navidad



A Begonte se puede llegar atravesando un paisaje que cambia de camisa a lo largo de un río. También, claro, por ferrocarril y por carretera desde Lugo, ciudad de la que se halla relativamente cerca.

Begonte no es un pueblo tal como los concebimos por estas tierras manchegas ya que, según el mismo Espasa, "no corresponde a entidad alguna determinada", pero en Galicia es muy frecuente que suceda así.

Para situar al lector dentro de un contexto, podría decir que se trata de un municipio extenso, compuesto de parroquias (alrededor de las veinte) y de aldeas (cerca de medio centenar), con una cabecera situada en un lugar conocido por Francesa, a la cual, por concreción, llamaré Begonte en este comentario.

El terreno es ondulado, bucólico, un paisaje genuinamente gallego.

Y galleguísimo el vecindario, tanto de la cabecera como de las aldeas, gente amiga de su gastronomía, de sus tradiciones, de su heredada sensibilidad y buen trato.

Sentado en las faldas de una montaña, como un niño en los brazos de su madre, con agua no contaminada corriéndola por los pies, rodeado de espuma vegetal, Begonte evoca un cuadro navideño y los vecinos han debido comprender esta analogía, ya que le dan a la Navidad un significado diferente, con una serie de actos y manifestaciones genuinas, donde no falta la pomposa gaita, sintetizados alrededor del famoso Belén Electrónico, orgullo de toda la comarca, conocido en la región, evocado también a veces desde fuera de los límites gallegos, como yo ahora, que se me acaba de venir a la memoria, al hojear un calendario, aquí en Albacete, a muchos kilómetros de distancia.

El Belén Electrónico, nacido bajo el aliento del Centro Cultural José Domínguez Guizán, en una de cuyas dependencias se instala cada año, apoyado por la Dirección Provincial de Cultura de Lugo, es un verdadero alarde técnico-artesano, en manos expertas y entusiastas, casi todos ellos gente joven.

La maravilla la logran la imaginación gallega, un laberinto de relés sincronizados, motores, generalmente de pequeña potencia, moviendo ruedas dentadas que producen afectos de intermitencia, lámparas, regletas, cables, tornillos... y fantasía a raudales.

Estuve allí el pasado año, doce inolvidables horas, y conozco los nombres de casi todas las personas que identifican y de los actos organizados alrededor de la misma, pero ellos comprenderán mi postura de no aprovechar las páginas de un periódico —**LA VOZ DE ALBACETE**— para hacer apologías individuales.

Desde que se instala, hasta que llega el momento de la clausura a finales de enero, son cientos y cientos las personas que hacen un alto en el camino para contemplar esta alarde de religiosidad y técnica, con escenas de ángeles flotando en las cercanías del pesebre, las nubes como rebaños errantes, el potro de la tempestad en la coza del relámpago, la nieve cayendo como quien bendice, una naturaleza viva, inspirada en lo local, y un sinnúmero de figuras moviéndose intermitentemente.

Begonte se encuentra a unos seis kilómetros y medio de Bahamonde, el conjunto urbano más próximo, y pertenece al partido judicial de Villalba, de cuya peculiar orografía forma parte.

Es tierra de tradición religiosa, repito, de una gran sensibilidad espiritual. El escudo del municipio parece explicarlo todo. Lo forma dos llaves cruzadas con la tierra pontificial en el centro de la parte superior. ¿Puede hallarse una mayor vinculación con lo religioso. Todas estas cosas, escudo, tradición y paisaje, identifican a Begonte con lo permanente y en especial con las fechas que se avecinan.

Quien acuda al centro cultural José Domínguez Guizán cuando llegan las fiestas navideñas, seguro que regresará con una impresión favorable, pues aquí, repito, la Navidad tiene un significado diferente.